

Es decir, ¿por qué no has lazado al señor y te lo has llevado? Tal era la interpretación que á esa pregunta pudiera darse, en vista de la actitud del que primero había llegado.

—Apeate, hombre, contestó el interpelado y ven á ver lo que estoy mirando.

La curiosidad obligó al segundo á bajarse del caballo, y se apresuró, á ejemplo del otro, á mirar por el anteojo. Su sorpresa debió de ser inmensa, por la ilusión que le causaran las imágenes invertidas á que daba lugar la combinación de las lentes, y no pudo menos que exclamar:

—¡Mira, hombre, todas las tierras colgadas!

La llegada del segundo guerrillero aumentó mi desazón, creyendo en la posibilidad de que toda aquella fuerza que en las lomas veía se descolgara al lugar de mi estación y cargase con mi persona y con mis peones. Me apresuré, por tanto, á decir á mis peligrosos é importunos visitantes:

—Ya es muy tarde y tengo necesidad indispensable de regresar luego á Pachuca.

Hecha la insinuación de que se retirasen, ambos montaron de nuevo á caballo y se alejaron apresuradamente, no sin dirigirme las siguientes palabras:

—Hasta la vista, vale, y cuídese.

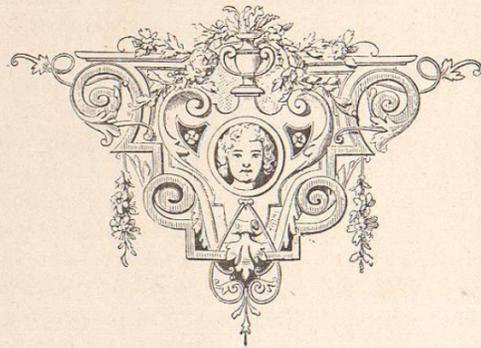
Esto no lo dijeron á un sordo, pues en el acto introduje como pude el nivel en su caja,

y dí á los peones la orden para que con ésta y los estatales partiessen por recónditas veredas á Tezontepec. Diríjeme luego á una nopalera, donde tenía á la sombra mi caballo, que, por fortuna, no había sido visto por los plateados, monté en el acto y á poco me perdí en las asperezas de la Sierra. Pronto emcumbé la Mesa de Altica y ya con ánimo tranquilo, pues conociendo, como conocía, más que mis perseguidores, los vericuetos de la montaña, fácil me era observar desde aquellas alturas los movimientos del enemigo y optar por el camino que me ofreciese mayor seguridad.

A poco ví, desde aquella eminencia, á toda la fuerza de los plateados que había acudido al lugar en que habían interrumpido mis trabajos, con ánimo, sin duda de hacer factibles mis temores, pero ya era tarde, pues en tales momentos empezaba yo á descender, al paso lento de mi caballo, la vertiente opuesta de la montaña, con dirección á Tezontepec.

En esa población supe á quién pertenecía la tal fuerza, y al observar á mis peones si no temieron comprometer más nuestra situación sacando á relucir sus armas en los momentos en que podía habérsenos echado encima una fuerza numerosa, me contestaron:

—Nos prevenimos, señor, para que en el instante de ser usted lazado, cayese el lazador de su caballo clavado por nuestros puñales. ¡Después, Dios diría!



## XV

### UN MILAGRO DE SAN ANTONIO.

#### EPISODIO DE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN.

##### NUBLADOS POLÍTICOS.

Las operaciones militares de los franceses que, á fines de 1863, habían extendido su esfera de acción á los Estados de Guanajuato, Aguascalientes y Jalisco, y el avance del General Mexía para la ocupación de la plaza de San Luis Potosí, asiento á la sazón del Gobierno republicano, obligaron á éste á emprender su retirada á la capital de Nuevo León. Creyó el francés que la hora de su completo triunfo había sonado, pero pronto hubo de convencerse de que le era preciso domeñar, más que ejércitos, la inquebrantable voluntad del Presidente Juárez, viva encarnación, en tan críticos momentos, de las ideas republicanas.

Los mencionados movimientos militares de los intervencionistas eran el preludio de las operaciones enérgicas que habían de seguir en los Estados de Nuevo León, Coahuila, Zacatecas, Sonora y Sinaloa, á fin de estrechar más y más el campo de las autoridades republicanas, las que pusieron de por medio, para nulificar el intento, llanos inmensos y antemurales, como los desiertos de Mapimí y las asperezas de la Sierra Madre.

Las disensiones que surgieron entre los mismos partidarios de las nuevas instituciones, que se propagaron entre la regencia y el jefe de las armas francesas y, por último, adquirieron mayor desarrollo, entre el poder imperial y la autoridad francesa, eran otros tantos elementos que debían dar más tarde sus frutos, favorables á los defensores de la República. Los que habían promovido la intervención y adoptado el Gobierno monárquico, como una tabla para ellos salvadora en medio de su naufragio, no podían conformarse con

la política imperial que, reconociendo los hechos consumados, había adoptado los principios liberales, rechazaban esa política diametralmente opuesta á sus doctrinas, que por completo desvanecía sus más halagadoras ilusiones, de retrotraer los asuntos del Estado á un régimen puramente conservador. Por otra parte, las cuestiones religiosas suscitadas por unos, y los deseos que en otros dominaban de la no intervención francesa en los asuntos de la monarquía, crearon nuevas dificultades que tanto revelaron como presagiaron la falta de solidez y la no muy lejana ruina del nuevo edificio que aquella intervención había levantado. La desavenencia entre la corte pontificia y el Gobierno imperial, con motivo de las Leyes de Reforma, cuya derogación aquella exigía creó, asimismo, dos partidos, de los cuales el más poderoso era aquel que en sus manos tenía las riendas del gobierno y que abiertamente rechazaba las exigencias del Nuncio apostólico. De todos estos partidos surgió el llamado *Nacional*, que, aceptando la monarquía, negaba toda participación en los asuntos del Gobierno á los franceses.

No se ocultaba á la perspicacia de éstos, el poder moral que representaba y el esforzado aliento que infundía á las masas republicanas la enérgica actitud del Presidente, motivo por el cual todos sus esfuerzos fueron dirigidos á apoderarse de la persona de éste ó, por lo menos, á despojarle de su prestigio obligándolo á pasar la frontera, en tanto que encaminaban sus legiones á los Estados de Oaxaca y Guerrero, en donde los Generales Díaz y Alvarez les inspiraban muy serios temores.

Tal era el denso nublado que en el cielo

de la política intervencionista, empezó á formarse en los momentos en que tuvo desarrollo el anecdótico é interesante episodio del *Milagro de San Antonio*.

#### EL GENERAL BELENDEZ.

Desgraciados tiempos aquellos en que las armas intervencionistas y republicanas relucían en los campos de batalla, tiempos de desengaños para unos, de constante prueba para otros y de enormes sacrificios para la nación entera. Epoca desdichada que desarrolló un terrible drama que por prólogo tuvo las fiestas de Miramar y por epílogo las sangrientas escenas del Cerro de las Campanas. Ni odios, ni rencores que deben desaparecer en el seno del olvido, preténdese despertar, por esta narración, entre los miembros de la gran familia mexicana, cuya unificación de miras, hoy más que nunca, exige el interés de la patria. La exposición de los hechos requiere ciertos pormenores, más su recuerdo no debe ser ya bastante poderoso para desatar fraternales lazos, que más y más han de estrechar los vínculos sociales, en los que únicamente reside la prosperidad de una nación.

Los azares de la guerra favorecían á las armas intervencionistas las cuales rechazaban ejércitos, pero con sus triunfos multiplicaban las guerrillas, que se les presentaban por todas partes, como otros tantos obstáculos para la realización de sus miras. Si de los españoles heredamos el genio inquieto y turbulento, también heredamos su valentía y ese indomable sistema de hacer la guerra, apelando al último recurso, nulificando, con su práctica, los triunfos del enemigo. Un ejército vencido se fraccionaba, y cada fracción ocupaba los breñales de una barranca, un desfiladero, una garganta, impidiendo el paso de las huestas francesas, ó por lo menos causándoles gran daño.

En una apartada región de las serranías de Tlatlauqui y Teziutlán, veíase un grupo de guerrilleros á cuyo jefe podrá conocer el lector, si me permite su presentación. Era un hombre de baja estatura, más bien obeso que delgado, de tez morena, pelo negro y lacio, ojos vivos y negros como sus cabellos, de ca-

rácter dulce y afable, y á quien sus sentimientos patrióticos habían convertido en un valiente militar.

La Providencia tenía reservado á nuestro héroe para una empresa que si bien no era de aquellas en que se desafia el peligro frente á frente de un ejército, no por eso dejaba de ser ni menos atrevida, ni más arriesgada, como el lector podrá juzgar en el curso de esta historia.



EL GENERAL BELENDEZ.

Trescientos indígenas de la Sierra componían la guerrilla que mandaba el intrépido Belendez, quienes, ya fuera por el cariño que había sabido inspirarles su jefe, ya fuera por el justo orgullo de que se hallaban poseídos, como que medían sus armas con los aguerridos franceses, fuera, en fin, por la alta consideración que, por esta causa, tenían de sí mismos, creyéronse contituidos, no en guerrilla sino en un verdadero cuerpo de ejército, que como tal debía ser gobernado por un jefe superior. A la iniciativa siguióse inmediatamente la elevación del que los gobernaba al rango de General. La proclamación fué ingenua, espontánea y entusiasta: la aceptación sancionó el acto, y desde entonces el héroe de este episodio, antes Coronel, fué conocido con el nombre del General Belendez.

#### UNA MISIVA IMPORTANTE.

Ilusiones incesantes, seguidas de continuos desengaños, van marcando la vida del hombre, en tanto que más y más espera lo que

él llama el porvenir. ¿Y qué es el porvenir? Una época incierta, confundida en el piélago inmenso de los tiempos futuros, cuya proximidad siempre se ve bajo la influencia de un vehemente deseo, de una ilusión. Y la ilusión, ¿qué es? Yo la comparo á una preciosa margarita que, en nuestra infancia, se desarrolla vigorosa y lozana, y que deshojada por el tiempo, año por año, pierde su último pétalo, que decide de nuestra ventura ó de nuestro infortunio.

Si la amistad, los fraternales lazos, los vínculos más estrechos suelen deshojar esa preciosa flor de la existencia, nunca los desengaños y la desilusión se revelan más que en los actos de la política.

La suerte había respetado en Don Benito Juárez el afortunado pétalo de su vida íntima; pero como todos los hombres, pagó tributo al desengaño, en su vida pública.

Pocos antes de la retirada del gobierno republicano á Monterrey y de la ocupación de la plaza de San Luis Potosí por las fuerzas del general Mejía (25 de Diciembre de 1863), fué presentado el general Belendez al Señor Juárez, cuya perspicacia hízole descubrir la índole del recién llegado, con el que tuvo varias conferencias que le permitieron robustecer su juicio, y en la última habló á aquél en los términos siguientes:

—General, las decepciones que si bien contristan pero no hacen desfallecer mi ánimo, me obligan á obrar con demasiada cautela, y así, no extrañaré usted que apelando á su honor, le estreche á que me responda con la sinceridad del hombre de bien. ¿Está usted dispuesto á desempeñar lealmente una comisión de vida ó muerte para la República?

—Señor, contestó el General, estoy dispuesto á desempeñar cualquier encargo de confianza que se me dispense, y sea cual fuere la importancia del asunto y la magnitud del peligro que haya de afrontar, sabré cumplir con mi deber.

—General, entrego á usted estas comunicaciones para el General Díaz, que se encuentra en el lejano Estado de Oaxaca. No desconoce usted la inmensa distancia que tiene que recorrer y los peligros inminentes que va á afrontar: pero la República y yo fiamos en su prudencia y lealtad. Mucho conviene que el

General Díaz obre en sus operaciones militares, de acuerdo con los Gobernadores de Puebla y Veracruz, y que pueda disponer, con tal intento, de algunos recursos. Tal es el objeto de las notas que entrego á usted.

—Señor Presidente, si no muero en la travesía muy pronto la actividad de las operaciones en el campo del General Díaz, anunciarán á usted que he sabido cumplir con mi deber.

Un apretón de manos fué la despedida del General.

#### SAN ANTONIO.

Seguir paso á paso al comisionado del Gobierno republicano en su largo viaje, enumerar los peligros que á cada momento desafiaba y vencía la astucia, en los lugares ocupados por las fuerzas intervencionistas, sería extender las justas proporciones de esta narración, convirtiéndola en importuna y enfadosa. Básteme decir que disfrazado aquél de arriero, caballero en una cabalgadura que por lo flaca y ruin pudiera creerse la del héroe de Cervantes, y conduciendo una recua de asnos cargados con objetos de alfarería ordinaria, recorrió desiertos, penetró en poblaciones, como ciudad del Maíz, donde burló la vigilancia de una guerrilla enemiga, Ciudad de Valles, cuyas cercanías le ofrecieron un seguro



CASCADA DE LOS NARANJOS.

refugio en las asperezas de la cañada, donde el río de los Naranjos forma una pintoresca cascada y Tantima de la Huasteca Veracruzana, donde estuvo á punto de ser fusilado; traspuso llanuras y montañas y al fin se inter-

nó en la Sierra de Teziutlán, de la cual se me permitirá hacer un bosquejo.

En los confines NE. del Estado de Puebla, al terminar las planicies de San Juan de los Llanos, empieza á elevarse el terreno cuyas asperezas van siendo mayores, constituyendo los fragosos detalles de la Sierra de Teziutlán, ligada con otras serranías de la gran cordillera oriental. Dicha sierra, que eleva á considerable altura la *Cumbre de los Oyameles*, es muy notable por sus numerosas depresiones y profundas barrancas que en su fondo determinan el curso rápido de los ríos y arroyos de Octapa, Consoquico, Tatahuicapa y otros que van á formar los de Santa María de la Torre y Bobos. Desde la Cumbre de los Oyameles, donde las coníferas elevan sus erguidas y angulosas copas, la vegetación se desarrolla más y más vigorosa, más y más bella y seductora. Primero son los encinos de diversas clases los que imprimen á las vertientes de las montañas, indistintamente separadas para formar las cañadas, la variedad de sus colores: siguen los liquidámbar amenizando los paisajes y las florestas, con su verde, picado y reluciente follaje; más adelante las lianas y las floridas enredaderas que en festones cuelgan de las copas de corpulentas higueras, las plantas trepadoras, los helechos arborescentes y los grupos de los bambúes gigantes, arqueados graciosamente, aumentan la espesura de los bosques, y en fin, los cafetales y tabacales extienden su verde y dibujado tapiz al pie de la cordillera. Por esta ligera descripción he obligado al lector á recorrer rápidamente una de las vertientes más hermosas de la Sierra Madre, haciéndole pasar en unos cuantos segundos, de la región fría á la cálida, de las mayores alturas á los lugares más bajos y próximos á la costa, queriendo con esto establecer una comparación fiel y relativamente exacta de la violencia con que en nuestro país un viajero se traslada de una á otra comarca de diversa naturaleza.

Ya en el descenso de la Sierra, hacia las costas veracruzanas, á 1,982 metros de elevación sobre el nivel del mar y en un valle dominado por las eminencias de Zompanticán y Chinautla, se asienta la pintoresca población de Teziutlán, cercada de hermosas barrancas y de boscosas colinas, á las cuales, la diversi-

dad de colores de las plantas da la apariencia de mosaicos.

Los breñales y asperezas de esta serranía fueron un refugio para el enviado del Presidente Juárez, entretanto que su astucia fraguaba otro plan que le pusiese á salvo de toda contingencia en los lugares que faltábale que recorrer, todavía más peligrosos.

Solo, meditando y á paso lento, caminaba por la montaña, discutiendo en su imaginación los medios más seguros de dar cima á su empresa, cuando la suerte le deparó una cabaña, casi perdida en la espesura de la selva. Dirigióse á ella, y sus ojos descubrieron con sorpresa á un indio que ocupábase en dar fin á una pequeña escultura, la cual pronto debía hacer compañía á otras que en un gran cesto se hallaban. Tan feliz casualidad fijó en la mente de nuestro héroe, una idea luminosa, salvadora, cuya realización dependía de la adquisición de una de aquellas imágenes. Tan rápida como su idea, fué la acción del General, quien dirigiéndose al indígena le habló de esta manera:

—¿Cuánto quieres por ese San Antonio que has terminado, dándole la última mano de color?

—Tres pesos, señor.

—Tómalo, y te daré tres pesos más, si arreglas la escultura de la manera que voy á indicarte. Soy, añadió, para no infundir sospechas, muy devoto de este santo, y como intento pedir limosnas para poder sufragar los gastos de su fiesta que se apróxima, quiero que el mismo santo sea el depositario de las ofrendas que reciba. Pártelo cuidadosamente por la cintura, ahuécalo y entrégamelo juntamente con un pincel, algún pegamento y un poco de blanco, á fin de que yo mismo, cuando convenga, pueda unirlo y pintar el cordón.

Hecha la operación tal cual se exigía, y ya en posesión del santo, dirigióse el General á su escondite, donde asegurado de su soledad, depositó en el cuerpo de la imagen los importantes documentos en papel de seda, confiados á su lealtad y discreción; pegó sólidamente las partes divididas y borró la señal, ciñendo la cintura con el blanco cordón.

Emprendiendo de nuevo su camino, siguió por una solitaria y boscosa cuesta, y se internó, á poco, en la pintoresca ciudad de Tezi-

tlán, en donde se proveyó de una campanilla, así como de una alcancía, en cuyo frente colocó una estampa del mismo San Antonio. Sosteniendo lo mejor que pudo la imagen y la alcancía con el siniestro brazo, y dejando expedita su mano derecha para hacer sonar la campanilla, que no dejó de agitarse durante la travesía por las calles de la ciudad, traspuso pronto las garitas, dejó atrás la cumbre de los Oyameles y se dirigió hacia los llanos de Perote.

Cualquiera al verle, no podía menos de tenerle por uno de tantos, que de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, va pidiendo para su santo.

#### Á CHALCHICOMULA.

Al descender del entrecortado terreno que forma la base de la cumbre de los Oyameles, empiezan á dilatarse los llanos de Perote, que por la parte oriental terminan al pie de la gran Cordillera en que se levantan las dos hermosas cumbres, el Cofre de Perote y el Pico de Orizaba. Los llanos, en parte arenosos, ofrecen á la vista cierta esterilidad que contrasta con los lugares próximos á la Cordillera, donde los ocotales adquieren grandes proporciones, hallándose en esta región el camino que conduce á San Andrés Chalchicomula, dejando al Occidente los cerros de las Derrumbadas.

Si seguimos las huellas de nuestro caminante, muy natural es que las encontremos en el verde césped de los bosques, en cuyo laberinto no tan fácilmente penetraban las pesquisidoras miradas de los intervencionistas.

La ilimitada confianza que infundía á nuestro héroe su disfraz, y la ignorancia en que se encontraba de lo bien guarnecida que militarmente se hallaba la plaza de Chalchicomula, le decidieron á dirigirse hacia la población, una de las más importantes del Estado de Puebla, y en cuyo recinto tuvo efecto la escena principal de esta histórica relación.

San Andrés Chalchicomula se halla al pie de las primeras eminencias dominadas por la hermosa y nevada montaña del Pico de Orizaba, encontrándose rodeada de cerros, con excepción de la parte NE., por donde sale el camino para Jalapa. Sus calles, bien orienta-

das, se cortan en ángulo recto, desembocando las principales á una gran plaza, en cuyo frente principal se levanta la parroquia, templo extenso y sólidamente construido.

Fuerzas intervencionistas, entre las cuales se contaban algunas compañías de zuavos y las de un feroz contraguerrillero, guarnecían la plaza, circunstancia que puso de manifiesto la aventurada decisión del General, al dirigirse á un sitio, para él en particular, tan expuesto y peligroso. Las consecuencias de su temeridad hicieron sentir inmediatamente.

Vagando por las calles en busca de una posada y llamando por todas partes la atención con la sonoridad aguda de su campanilla, quiso su mala ventura dar con algunos militares, de los cuales uno le dirigió la palabra en estos términos:

—¿Quién es usted y de dónde viene?

—Soy, contestó el General, recobrando toda su serenidad, muy necesaria en riesgo tan



LA IMAGEN DE SAN ANTONIO.

inminente, soy sacristán y vengo de la Sierra de Teziutlán con el intento sólo de implorar el auxilio de los pueblos, á fin de que con sus limosnas contribuyan al culto de San Antonio, cuya fiesta se aproxima.

—¿Tiene usted licencia para pedir limosna?